

HUESOS EN EL JARDÍN



colección andanzas

HENNING MANKELL
HUESOS EN EL JARDÍN

Posfacio de Henning Mankell

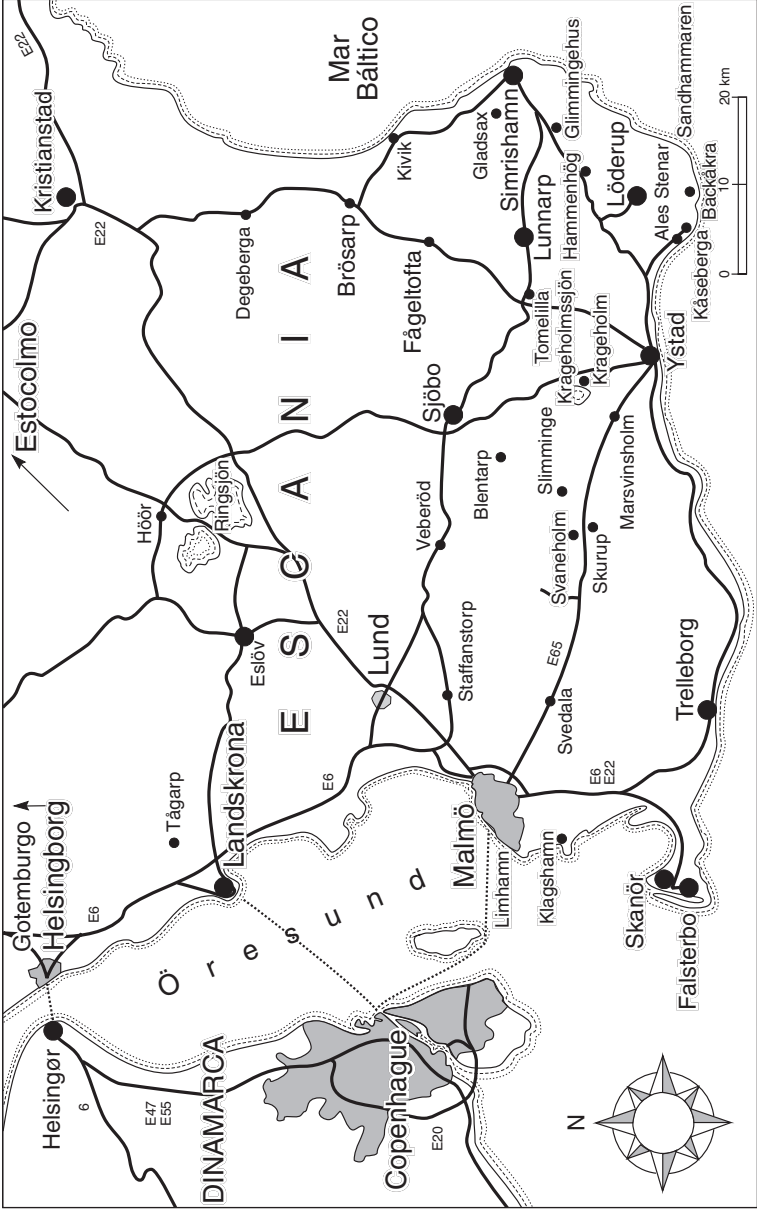
Traducción del sueco de Carmen Montes Cano

Índice

Huesos en el jardín	9
Posfacio	
Cómo empezó, cómo acabó y lo que ocurrió entretanto, <i>por Henning Mankell</i>	161

Huesos en el jardín





El sábado 26 de octubre de 2002, el inspector Kurt Wallander se sentía muy cansado. Había sido una semana terrible, debido a la gripe devastadora que había causado estragos entre el personal de la comisaría de policía de Ystad. Wallander, que siempre era el primero en contagiarse, había sido en esta ocasión, por alguna razón insondable, uno de los pocos que no cayó enfermo. Dado que aquella semana habían tenido un caso de violación en Svarte y varios de agresión grave en Ystad, tuvo que emplearse a fondo y durante muchas horas.

Estuvo ante el escritorio hasta bien entrada la noche del sábado. Tenía la cabeza demasiado cargada para trabajar, pero no le apetecía lo más mínimo irse a su casa, en la calle de Mariagatan. Al otro lado de la ventana de la comisaría soplaba un fuerte viento racheado. De vez en cuando se oía a alguien por el pasillo. Wallander confiaba en que no llamaran a su puerta. No quería que lo molestaran.

Que lo molestaran... ¿con qué?, se preguntaba. «Puede que mi mayor deseo sea que no me moles-

te mi propio yo, esa sensación creciente de desazón que me acompaña últimamente.»

La hojarasca se arremolinaba golpeando la ventana del despacho. Durante un rato sopesó la posibilidad de tomarse parte de los días de vacaciones acumulados y tratar de encontrar un viaje barato a Mallorca o a algún otro destino, pero ni siquiera llegó a terminar de pensarlo. Ni bajo el sol resplandeciente de una isla española sería capaz de serenarse.

Miró el calendario de mesa. Año: 2002. Mes: octubre. Llevaba más de treinta años en el cuerpo de policía. Después de patrullar por las calles de Malmö, se convirtió en un policía judicial experto y respetado, con muchos éxitos cosechados a la hora de resolver casos muy complejos de delitos graves. Por más que no pudiera sentirse satisfecho con su vida privada, al menos sí podía estarlo con su vida profesional. Había cumplido con su obligación como policía y quizá, quién sabe, también había contribuido a que la gente se sintiera más segura.

Oyó que un coche recorría la calle a todo gas, derrapando. «Será un joven el que va al volante», pensó Wallander. «Seguro que es perfectamente consciente de que está pasando por delante de la comisaría. Y lo que pretende es irritarnos, por supuesto. Pero conmigo no lo conseguirá. Ya no.»

Se asomó al pasillo. Estaba vacío. Oyó vagamente a alguien que reía. Fue en busca de una taza de té y volvió a su despacho.

Sabía raro. Miró la etiqueta y se dio cuenta de que había cogido un té de jazmín dulzón. No le gustaba. Tiró la bolsita a la papelera y vertió el té en una maceta que le había regalado Linda, su hija.

Pensó en cómo habían cambiado las cosas a lo largo de todos esos años que llevaba en el cuerpo de policía. Cuando empezó a patrullar las calles, había un abismo entre lo que ocurría en una ciudad como Malmö y los sucesos registrados en una ciudad de provincias como Ystad. Ahora, en cambio, apenas se observaba la menor diferencia. Y ello se debía sobre todo a la delincuencia vinculada a los estupefacientes. Cuando él llegó a Ystad, muchos de los drogadictos se desplazaban a Copenhague para comprar la droga. Sin embargo, en la actualidad, uno podía encontrar cualquier tipo de estupefacientes en la misma Ystad.

Wallander lo comentaba a menudo con sus colegas: en los últimos tiempos, ser policía era mucho más difícil. No obstante, en ese momento, en el despacho, mientras la hojarasca otoñal se adhería a los cristales de la ventana, se preguntó de pronto si de verdad era así. ¿No sería una excusa para no tener que molestarse en estudiar los cambios que sufría la sociedad y, por tanto, también la criminalidad?

«Nadie me ha acusado nunca de ser perezoso», pensó, «pero quizás en el fondo lo sea, a pesar de todo.»

Se levantó, cogió la cazadora que había dejado

en la silla, apagó la luz y salió del despacho. Sus pensamientos se quedaron rezagados en la habitación; las preguntas, sin respuesta.

Cruzó la ciudad a oscuras camino de casa. El agua de lluvia se extendía sobre el asfalto como una película irisada. De pronto, se le quedó la mente en blanco.

Al día siguiente, domingo, Wallander podía descansar. En sueños oyó a lo lejos el teléfono de la cocina. Su hija Linda, que el otoño anterior, después de terminar los estudios en la Escuela Superior de Policía de Estocolmo, se había incorporado a la comisaría de Ystad, seguía viviendo con él, en el apartamento de Mariagatan. En realidad, debería haberse mudado ya, pero aún no había podido firmar el contrato de alquiler. Wallander oyó que Linda contestaba al teléfono y pensó que no tenía por qué preocuparse. El día anterior, Martinsson se encontraba mejor del resfriado y le había prometido que no lo molestaría.

Por lo general, no lo llamaba nadie más que él, y menos aún en domingo y a aquellas horas de la mañana. Linda, en cambio, se pasaba el día hablando por el móvil. Wallander había reflexionado mucho sobre ello. Su propia relación con el teléfono era complicada. Cada vez que sonaba, él daba un respingo, a diferencia de Linda, que parecía capaz de llevar gran parte de su vida a través

de ese aparato. Suponía que era indicio de una verdad tan simple como que ambos pertenecían a distintas generaciones.

Se abrió la puerta del dormitorio y Wallander se estremeció de rabia.

—¿Es que no sabes llamar a la puerta?

—Si sólo soy yo...

—Ya. ¿Y qué dirías si yo abriera la puerta de tu dormitorio sin llamar?

—Es que yo cierro con llave. Te llaman.

—A mí no me llama nunca nadie.

—Pues ahora sí.

—¿Quién es?

—Martinsson.

Wallander se incorporó en la cama. Linda observó con disgusto la barriga que sobresalía, pero no dijo nada. Era domingo. Habían llegado al acuerdo de que, mientras ella viviera en su casa, los domingos serían una zona franca en la que ninguno podría criticar al otro. Habían proclamado el domingo día reservado para la amabilidad.

—¿Qué quiere?

—Pues no lo ha dicho.

—Ya, pero yo hoy no trabajo.

—Te digo que no sé lo que quiere.

—¿Y no puedes decirle que he salido?

—¡Pero por Dios!

Linda volvió a su habitación. Wallander fue arrastrando los pies hasta la cocina y cogió el auricular. Miró por la ventana y comprobó que llovía,

pero las nubes, dispersas, dejaban entrever pinceladas de un cielo azul.

—Oye, ¡creía que hoy tenía el día libre!

—Y lo tienes —respondió Martinsson.

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

Wallander se dio cuenta de que estaba empujando a enfadarse. ¿Lo había llamado Martinsson sin motivo? Le parecía impropio de él.

—Entonces, ¿por qué me llamas? Estaba durmiendo.

—¿Y tú por qué pareces tan cabreado?

—Porque estoy cabreado.

—Pues llamaba porque creo que he encontrado una casa ideal para ti. En el campo. No muy lejos de Löderup.

Wallander llevaba muchos años pensando que, a estas alturas de la vida, lo que quería era dejar el apartamento de Mariagatan, en el centro de Ystad. Quería irse a vivir al campo, quería tener un perro. Tras la muerte de su padre, unos años atrás, y cuando Linda se independizó, había empezado a sentir una necesidad creciente de cambiar radicalmente de vida. En más de una ocasión había ido a ver algunas de las casas que las inmobiliarias tenían a la venta. Sin embargo, no encontraba la casa adecuada. En alguna de esas visitas tuvo la sensación de que la vivienda en cuestión era casi lo que buscaba, pero el precio estaba fuera de su alcance. Su salario y sus ahorros no se lo permitían. Un

policía jamás podía ahorrar grandes sumas de dinero.

—¿Sigues ahí?

—Sí, aquí estoy. Dime más.

—Ahora mismo no puedo. Al parecer, esta noche se ha cometido un robo en los grandes almacenes Åhléns. Pero si te pasas por aquí, te doy más detalles. Incluso tengo las llaves.

Martinsson se despidió. Linda entró en la cocina y se sirvió una taza de café. Lo interrogó con la mirada y le sirvió otra a él. Luego, los dos se sentaron a la mesa.

—¿Tienes que ir a trabajar?

—No.

—Entonces, ¿qué quería?

—Enseñarme una casa.

—Pero... si él vive en una casa adosada... y tú quieres vivir en el campo, ¿no?

—Es que no me escuchas cuando te hablo. Quiere enseñarme *una* casa. No *su* casa.

—¿Y qué casa es?

—No lo sé. ¿Quieres acompañarme?

Linda negó con la cabeza.

—Tengo otros planes.

Wallander no preguntó qué planes eran aquéllos. Sabía que, en esas cuestiones, su hija se parecía a él. No daba más explicaciones de las necesarias. Y si la pregunta no se formulaba, tampoco había que responderla.